

---

# JUEGO PELIGROSO

## Ferías, memorias urbanas y frentes culturales(\*)

Jorge A. González

---

Cuando menos, lo importante es reconocer, en toda vida humana colectiva esa región lúdica que invade la existencia, empezando por la divagación, el sueño o la ensoñación, la convivialidad, la fiesta y las innumerables especulaciones de lo imaginario

Jean Duvignaud.

### 8 a.m. Apertura de puertas y presentación de las candidatas a Reina

Divertirse, celebrar, vender, comprar, competir, negociar, luchar, pasear, renegar, embriagar, reventar, bailar, ligar, comer, recordar, reencontrar, remontar, escapar, jugar, reír y soñar, burlar, sufrir y otra vez volver a soñar y reír. Todos estos verbos nos remiten a acciones completamente mortales y cotidianas que de una u otra manera asociamos o de plano invocamos cuando estamos en *feria*. La feria nos aparece como un gran cuerpo geométrico con miles de facetas y ángulos. Ella es un perol donde ebulle comercio, pequeños poderes, múltiples instituciones, grandes y prácticos saberes, así como un importante número de personas de todo tipo y jerarquía. Dentro de sus coordenadas espacio – temporales, algunos lucran y comercian, otros presionan y obligan, pero para todos, absolutamente para todos, la

---

(\*) Este trabajo fué distinguido como uno de los tres mejores ensayos en español dentro del 1st. Worldwide Competition for Young Sociologists, organizado por la ISA, en 1990. Apareció publicado en Diálogos de la Comunicación No. 23

---

feria también *significa* algo. Entender entonces esos significados, es meterse de cabeza en el terreno del análisis de la cultura. Nuestro asunto se torna un poco más complicado si tratamos de fijarnos en la interpretación de procesos culturales de estos tan criticados tiempos. Una revisión nos hará comprobar como la gran mayoría de los estudios que han versado sobre "lo festivo" han enfocado sus miras casi exclusivamente sobre sociedades llamadas 'primitivas', 'simples', 'tradicionales' y campesinas. Pareciera como si la dimensión lúdico/ceremonial fuera una reliquia medio fosilizada de la que sólo nos quedan nostalgia y recuerdos, o cuando mucho una importante componente de algunos excelentes estudios etnohistóricos realizados en sociedades preindustriales de la actualidad (González, 1985).

Ejemplar, pero en el sentido contrario, es la obra de Roberto DaMatta quien ha comenzado a voltear la mirada de la antropología y las ciencias sociales hacia fenómenos bien vivos y recurrentes como el carnaval, el futbol, los desfiles militares y las ceremonias de cambio de poderes (DaMatta, 1980, 1986, 1987).

Pero ¿qué es la cultura y cómo abordarla? Es conocido que hay tantas caracterizaciones de la cultura como pensadores han escrito sobre ella (Rossi, 1970) (González, 1981). Para aguantarnos la tentación de tan sesuda discusión, optamos mejor por caracterizar a la cultura como una *dimensión omni-presente de las relaciones sociales*, o sea, que está en todas partes y no sólo en la azotea o el penthouse del "edificio" social. Esta posición implica varias cuestiones:

1) Que la cultura es una propiedad consubstancial a *toda* sociedad concreta e histórica (Fossaert, 1983:35).

2) Que la cultura no es una "entidad" flotante dentro de las superestructuras sociales que sólo permanezca y se mueva de modo especular y acorde a los movimientos "reales" de la infraestructura económica.

3) Que la cultura tiene materialidad y soportes sociales objetivos y por lo que respecta al ámbito de su especificidad, la división social del trabajo lo ha circunscrito a los distintos procesos de *construcción, codificación, interpretación y redefinición social del sentido*.

4) De esta manera, la especificidad "súgnica" o "semiótica" de la cultura no es una componente más agregada a la ya de por sí compleja trama de relaciones sociales, sino una dimensión integral de todas las prácticas y relaciones de la sociedad en su conjunto. No se puede *ser* socialmente y no *significar*. No hay ni siquiera una sola acción social

---

---

que no tenga una representación y orientación simultánea, negociable y copresente de ella.

5) En virtud de todo lo anterior, la cultura entendida como el universo de todos los "signos" o discursos socialmente contruidos (y contruidos), no agota su eficacia en el hecho de "ser" sólo significativo, pues precisamente porque significa, también "sirve" (Cirese, 1984) y por ello la cultura es también un instrumento de primer orden para actuar sobre la composición y la organización de la vida y del mundo social común y corriente, "mortal", cotidiano). Finalmente podemos decir que las relaciones entre cultura y sociedad no son del orden de continente a contenido o viceversa. Desde nuestro punto de vista la cultura debe ser entendida como una *dimensión de análisis* de todas las prácticas sociales; ella es, en esa misma dirección, la sociedad total, observada desde la dinámica de construcción y reelaboración constante, histórica y cotidiana de la significación, del universo imaginativo (Geertz, 1987) en el cual las acciones de las personas resultan y son signos que sirven porque significan. La cultura es pues una visión, un sistema de clasificaciones con el que definimos el mundo, pero esa visión es al mismo tiempo y por efecto de las desiguales posiciones dentro de la estructura social, una división práctica, efectiva, clasificatoria y operante del mundo (Bourdieu, 1979) (Accardo, 1983). El origen, la estructura y la eficacia de tales divisiones no puede descuidarse en aras de una pretendida neutralidad *semiótica* de la cultura. En efecto, todos los seres humanos nos construimos una representación de nuestro accionar y estar por el mundo, pero precisamente debido a las desigualdades de poder y de clase, con dificultad nuestras distintas interpretaciones de la realidad pueden coexistir armoniosa y amablemente con las de otros agentes de posiciones distintas y desniveladas respecto a la nuestra. Para elaborar una interpretación densa de esta compleja relación entre los universos imaginativos, los esquemas clasificatorios y la maraña de la desigualdad social, resulta útil operar con el concepto de Hegemonía pues nos ayuda a volver inteligible a la sociedad desde un punto de vista que focaliza sobre la actividad social de significar (Fossaert, 1978, 1983).

Un sistema de hegemonía nos define, para una cierta escala de representación y dentro de un nivel particular de abstracción, el modo en que las clases sociales (siempre clases contruidas) se relacionan entre sí desde el punto de vista de la creación y recreación de mundos y universos simbólicos. Dicho de otra manera, el concepto de

---

hegemonía permite destacar un nivel específico de lectura inicial y tendencialmente semiótico (ideológico/cultural) de las relaciones entre las clases de una misma formación social y por ello nos permitiría responder a la pregunta: ¿cómo se relacionan las clases de una sociedad particular desde la óptica de la construcción e interpretación social del sentido? Sin embargo, cuando elegimos un objeto como las ferias debemos estar vigilantes para no crear “mapas” demasiado abstractos y pequeños, incapaces de servir para guiarnos en situaciones concretas y tampoco *mega-mapas* que precisamente por representar tan celosa y fielmente la realidad terminen (tal y como iniciaron) por servir para cualquier otra cosa, excepto para lo que fueron hechos: para orientar y guiar.

### 11 a.m. Presentación su graciosa majestad María Luisa I

Pero, vayámonos acercando al asunto de este trabajo: las ferias.

Estas tienen que ver en primera instancia, con el comercio de mercaderías, con la diversión y con la celebración. Las dimensiones lúdicas y ceremoniales de la cultura no son —evidentemente— un atributo del pasado ni mucho menos una “característica” exclusiva de sociedades etnológicas o distantes, antes bien son importantes configuraciones culturales *transclasistas* que deben ser tomadas en cuenta dentro de los análisis de las culturas contemporáneas (González, 1987) (Cirese, 1984). Se encuentran en la literatura disponible algunos intentos serios por comprender las fiestas (Propp, 1978), (García Canclini, 1982), (Giménez, 1978), (González, 1981), (Villadary, 1968), (Wunenburger, 1977), pero por lo que toca a las *ferias urbanas*, tal y como se han venido desarrollando y se realizan en nuestro país, el remarcado descuido por el análisis de la cultura se convierte en una carencia casi absoluta (González, 1985) (Gómez, 1985). Será quizás que la feria, por ser de alguna manera tan cotidiana, tan pegada a la costumbre ha sido considerada como un objeto no muy digno de estudio comparada con las apremiantes polémicas sobre la marginación social, las cuestiones demográficas, el hambre, las fluctuaciones y crisis económicas y políticas o la contumaz influencia de los medios de difusión y las innovaciones tecnológicas de todos tan temidas. Pero, para bien o para mal, no siempre las preferencias de estudio de los científicos coinciden con las prácticas efectivas y afectivas de la gente común y no por carecer de estatuto teórico las ferias dejan de ser una realidad social

(económica, política y cultural) profusamente extendida dentro del México de los ochentas, en este nuestro México de la crisis de las parejas que concelebran el desamor y de las zacapelas en la cámara de diputados, de la deuda e(x)terna, que a pesar de los pujidos para pagarla siempre flota en nuestro ánimo como el peso del monto de los tantos billones “más lo que se acumule esta semana”, de los mariachis y del buen José Alfredo Jiménez, (colaborador asiduo para que a nosotros los mexicanos –según el decir de los colombianos– nos cucluguen la fama de tener una canción para expresar cada tipo de sentimiento sentible, desde el odio y la ignominia, la alegría delirante, afirmación de la hombría “– a-toda-prueba –” y la ternura amorosa de la incapacidad para apagar en el corazón todas aquellas luces que quedaron encendidas); este México de terremotos que arrancan, desgarran, ciegan y levantan de las cenizas la solidaridad, los afectos, la memoria de nuestros muertos (antiguos y nuevos) junto con la rapiña, la especulación, la ineptitud y el horror generalizado; de las interminables emociones que entretejen hermandades afectivas alrededor del encanto de las telenovelas (González, 1988).

La feria, mostración y conmemoración de todos, es mucho más entraña que entraña. Vamos pues poniéndole nombre al niño. En el presente no hay estado del país que no tenga cuando menos una feria dentro del ciclo del año (Warman, 1980), pero aparte de su considerable vitalidad y difusión nacional, la mayoría de las ferias, si no es que todas, son prácticamente el resultado de distintos procesos de superposición y transformación de antiguas fiestas tradicionales y/o religiosas de gestión popular que con el desarrollo urbano han sufrido un crecimiento hipertrofiado de sus aspectos comerciales. Sin embargo, no es la actividad económica o comercial lo que nos interesa por ahora, sino más bien las implicaciones y costos culturales que estos cambios y encimamientos selectivos han traído consigo. Las ferias regionales urbanas, (válganos el pleonasma) independientemente de su posible o real eficacia política y económica inmediata, juegan un importante papel en la definición y sedimentación de las identidades colectivas y en la modulación de las dimensiones lúdico/ceremoniales de las culturas de alcance local y regional de México.

¿Que cuál sentido tiene, en plena época de crisis general de la sociedad mexicana y latinoamericana hacer un análisis detallado de las ferias?

Las crisis remueven estructuras y dentro del universo de los imaginarios, la construcción del consenso y de las identidades que coexisten en una sociedad con una base poblacional étnica y tan plural y diversificada, constituye un problema de primer orden, simultáneamente político y académico. Así entonces, es urgente saber cómo se ha logrado construir y equilibrar aun precariamente el consentimiento social dentro de una sociedad profundamente des-nivelada, no sólo desde la escala de las macro estructuras, sino también dentro de una escala de fenómenos, hechos y relaciones más ligada a la vida diaria y común del grueso de la población. En torno de las ferias se juegan cuestiones que si bien no son “inmediatamente políticas”, no dejan de ser por ello menos importantes. Ahí se verifican procesos de atesoramiento, reproducción, utilización y escenificación de la memoria social, de búsqueda y auto-representación de identidades en conflicto, de organización social capilar, de creación y recreación sónica muy concretos, muy cercanos, muy humanos, muy cotidianos. Porque la feria organiza, viste y representa un “nosotros” plural que está (o ha estado) ligado no sólo a la razón, sino a las pasiones y las mismas vísceras. Esos mojonos de identidad, recuerdo y porvenir ligados a espacios, ambientes y sensaciones, son verdaderos puntos de *toque*, encuentro y convergencia de una pluralidad de grupos y clases de agentes muy diferenciados en lo social que se reconocen — a su manera — en *su* feria. Además, y por si fuera poco, la feria inaugura un tiempo y abre una serie de espacios de diversión y juego, de alegría y excesos, de descanso y derroche. Temporalidad que también opera sobre variables elementalmente humanas, que no dependen exclusivamente de la dinámica de la estructura de clases y que son precisamente algunos de los puntos que todos los agentes sociales comparten en mayor o menor medida. Son este tipo de elementos sobre los que descansa — nos parece que no podría ser de otra manera — una buena parte de la posibilidad real y objetiva de la conformación y ejercicio del poder cultural terrenal — y con minúsculas —. Finalmente, todo poder (aunque sea chiquito) para ejercer cabalmente debe ser capaz de ‘representarse’ y normalmente tal tipo de representación se realiza mediante rituales complejos y complejos de rituales. La feria es también un ritual complejo en el que se escenifica la sociedad con sus jerarquías, sus límites y sus fluctuaciones toleradas, con sus deseos y fantasías.

La feria es en el límite, un complejo discurso (material, institucional y también propiamente semiótico) en el que la sociedad en movimiento, ralentiza un poco su paso y al resaltar algunas facetas de su propia cotidianidad, nos *habla* sobre sí misma.

El análisis de las ferias debería entonces darnos algunas pistas y aportaciones al conocimiento de diversos procesos sociales de construcción de sentido a través de luchas por mostrar cuál de los contendientes (ciertamente en posiciones desiguales y desniveladas) es capaz de sostener y elaborar las definiciones, las versiones y *visiones* más plausibles, más legítimas de la realidad, de la vida y del mundo, capaces no sólo de ser impuestas, sino sentidas y respetadas. No basta enunciar la existencia de la hegemonía, tenemos también que conocer de qué está hecha, por dónde se deja retratar mejor. Y seguramente “sale mejor” si nos fijamos en la generación y estructuración de los espacios y haces de relaciones sociales que son simultáneamente frontera de contacto y arena de lucha entre posiciones sociales diversas: los frentes culturales (González, 1987).

#### 14 p.m. carros alegóricos y desfile por las calles de la ciudad

Las ferias fueron, desde la alta edad media, claves para el desarrollo y afianzamiento de la “economía — mundo” europea (Wallerstein, 1979) pues funcionaban como sitios de encuentro de las rutas comerciales de la naciente economía capitalista y al mismo tiempo como verdaderos centros financieros internacionales. Esas ferias fueron con el tiempo transformándose y colaboraron de manera significativa a lo que Oakley (1980) llama la *revolución comercial* de la época. Ya para fines del siglo XIII y principios del XIV, las grandes ferias de la región de Champagne —estratégicas por su ubicación geográfica— declinaron cuando los marinos genoveses y venecianos lograron abrir una ruta comercial marítima desde Italia hasta Inglaterra y los Países Bajos. Fué así que ciudades como Brujas y más tarde Amberes, se convirtieron en sede de grandes ferias donde comerciantes del sur, del centro y del norte de Europa se encontraban periódicamente. La vida social de estas regiones estaba regulada precisamente por el ritmo de las ferias (Mairet, 1981). Esos desplazamientos generaron una vastísima red de pequeños y grandes mercaderes que con motivo de las ferias, recorrían intersticialmente toda Europa. Al irse complicando las actividades comerciales de estos núcleos de comercio, se originaron en toda su

plenitud los acuerdos comerciales, las operaciones bancarias y los procedimientos contables con una flexibilidad y elaboración sin precedente en la historia (González, 1985). También ahí se sentaron las bases de una ideología económica individualista que penetró y prevalece aun en toda la vida cultural de occidente (Dumont, 1982). En el naciente capitalismo mercantil, las ferias funcionaron como uno de los pivotes del crecimiento y digamos de la transformación urbana de la Europa moderna. Sin embargo, en la medida en que Europa se fue comunicando y el mercado mundial se fue generando y expandiendo, la importancia económica de las ferias pasó a segundo plano.

Por acá por nuestra América, todo parece indicar que una vez consumada la conquista de México y hasta por lo menos los principios del siglo XIX, el comercio de la Nueva España tenía un ritmo periódico sujeto a tiempos y lugares fijos. La actividad mercantil se verificaba normalmente en mercados semanales o mensuales (recuérdese la tradición y funcionalidad de los tianguis pre-cortesianos) y año con año en las ferias.

Al decir de Don Manuel Carrera Stampa (1953 y 1959) durante la Colonia las ferias de Xalapa y Acapulco fueron no sólo importantes, sino fundamentales dentro de la relación comercial entre el Oriente (principalmente la China e India por la vía del tráfico de especias tales como canela, clavo, pimienta, nuez moscada y azafrán, sedas, tejidos, porcelana, jarras, jarrones y vajillas, muebles y cera blanca) y Europa Occidental a través del eje:

Manila – Acapulco – México – Jalapa – Veracruz – Cadiz y Sevilla.

En el otro litoral, Acapulco era el sitio de comercio de la Colonia con el Asia, vía las Filipinas. La Nueva España funcionaba con el eje Acapulco – México – Xalapa a la manera como hoy lo hace Panamá: era el puente imperial más accesible de paso por el que el mundo se surtía de extremo a extremo. Teniendo como columna vertebral este eje, hubo también otras ferias de importancia para el comercio interno. Entre estos puntos se tejía la red principal de comercio y distribución de la Colonia, pues conjuntaba productores, mercaderes y consumidores cuyo movimiento afianzaba paulatinamente el naciente y dependiente capitalismo mercantil de la Nueva España. Salvo el caso de Aguascalientes, no poseemos información suficiente sobre las ferias colimenses en el siglo XIX, pero suponemos que mientras prevalecieron las condiciones de aislamiento regional y raquitismo del mercado interno nacional, las ferias mexicanas del siglo diecinueve

— nunca con la importancia de las de Xalapa y Acapulco — fueron casi el único modo de interconectar la oferta y la demanda de los productos y bienes de la economía del México independiente. Parece claro el papel comercial que tuvieron las ferias en economías poco integradas, pero conviene preguntarnos lo que sucede con las ferias cuando ya no cumplen tan cabalmente su antigua función y sin embargo persisten ligadas fuertemente a la tradición y a la memoria colectiva de las poblaciones (Halbwachs, 1980) (Bosi, 1987). Es aquí cuando debemos comenzar a focalizar el análisis sobre la dimensión *signica* o cultural del fenómeno. Vamonos asomando a la Feria de Colima, que precisamente por ser una ciudad y un territorio durante mucho tiempo aislado y económicamente no estratégico, nos presenta características particulares dentro de la óptica de los Frentes Culturales y dentro de la escala en la que deseamos ubicar nuestro estudio.

## **16 p.m. Inauguración del evento por las H. Autoridades del Estado**

### **La Feria de Colima hasta 1900**

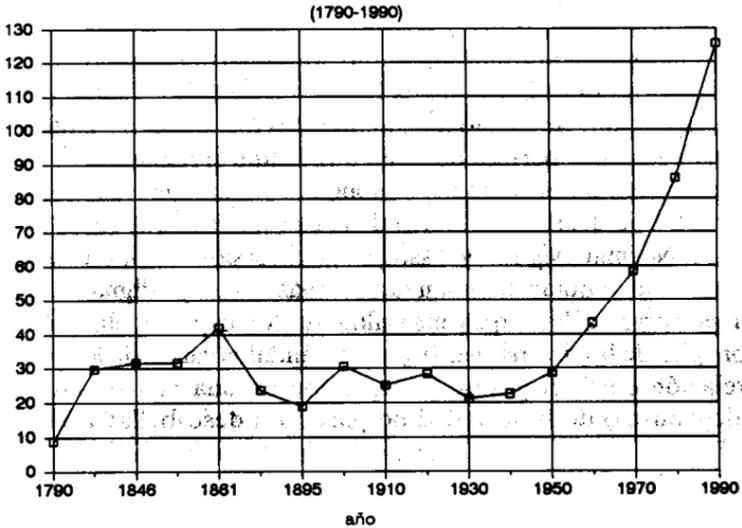
Hasta el momento hemos encontrado muy escasa información sobre la celebración anual colimense tal y como se realizaba antes del presente siglo, pero parece ser un hecho la superposición de una celebración ritual con un evento comercial (González, 1985). La Feria de Colima se ha verificado en los últimos días de octubre y los primeros de noviembre de cada año, justo en los días en que el pueblo celebra a los muertos y la Iglesia a Todos los Santos. Los rituales y las fiestas, por el tipo de función que cumplen dentro del imaginario colectivo, están profundamente arraigados en la vida social de los pueblos (Da Matta, 1980) (Cazeneuve, 1972) (Cirese, 1977) (Van Gennep, 1981). La primera referencia histórica relacionada con nuestro objeto de estudio proviene de un Acta de Cabildo fechada en 1572 (Romero de Solís, 1985) y contiene varios elementos que nos interesa señalar. En tal documento se detallan los pormenores de una querrela violenta entre un mestizo y unos indios, precisamente mientras se desarrollaba una procesión ceremonial indígena con antorchas y velas de cera encendidas a la media noche del primero de noviembre de 1572. Dicha procesión se termina violentamente entre el alcohol y puñetazos por la intervención de un fiscal de la iglesia (mestizo) y el alguacil de la población de San Francisco Almoloyan (actual ciudad conurbada con Colima). Varios indígenas son encarcelados y azotados, para que días

después ellos mismos “por amor de dios” retiraran los cargos contra el mestizo que les agredió.

El incidente no pasó a más, pero de acuerdo a nuestra interpretación, este documento sustenta una parte de la hipótesis según la cual en el paso de la fiesta de *gestión popular* (muertos) a la fiesta de *gestión religiosa* (Todos Santos) y finalmente a la Feria Regional (*gestión estatal*), se verificó un **doble proceso de expropiación** de la organización y del sentido del evento. Vemos asimismo, que lo que hoy en día es la Feria de Colima, tiene un espesor histórico enorme y el sentido de la celebración ha sido durante siglos un campo de disputa.

Por otra parte, encontramos una primera señal del modo de vivir la celebración en ámbitos diferentes: desde el primer documento hasta estas fechas de Feria van unidas clases pobres y la embriaguez como modo de expresión ceremonial y ejercicio de la dimensión lúdica de la cultura. También consta que en Colima del siglo XVI los días 1 y 2 de noviembre existía una celebración propiamente indígena (popular) que por efecto de la evangelización y del ejercicio del poder se transformó (se expropió) en una religiosa. Es muy posible que este paso se haya dado durante los siglos XVI y XVII y ya dentro del siglo XVIII podemos — a falta de mejor información — imaginar que dadas las características de la población y el aislamiento geográfico, el comercio se realizaba a “lomo de mula” y la celebración frente a Catedral, en lo que hoy es la Plaza Principal o Jardín Libertad, funcionaba como un importante local de intercambio. No tenemos tampoco ningún dato que nos pueda conectar a la celebración colimense de Todos Santos con el eje de las ferias novohispanas (Xalapa, Acapulco, San Juan de los Lagos, Saltillo, Chihuahua o Taos). Más bien nos parece improbable, pues sabemos que hasta 1880 Colima estuvo aislado de las rutas de circulación de productos agrícolas (Moreno Toscano, 1972), aunque también sabemos que desde el siglo XVIII, la exportación de sal de Colima era indispensable para el tratamiento de los metales preciosos de Zacatecas y Guanajuato (Lameiras, 1981). Es también un hecho la existencia de una red de arrieros y pequeños comerciantes que mantenían el contacto por caminos de herradura directa o indirectamente con numerosos poblados y rancherías y más espaciadamente con Zapotlán, Guadalajara o la Ciudad de México.

## Colima: Población de la Ciudad



Fuente: INEGI 1986

Ya entrado el siglo XIX, la celebración comienza a afianzarse en un momento en que la población de la ciudad se incrementaba rápidamente (cfr. Figura 1).

A partir de esas fechas, la feria adquiere una fisonomía peculiar montada año tras año en el corazón mismo de la vida social de la ciudad, corazón medio maltrecho, pues la memoria de algunos escritores colimenses nos lo describe como un "simple campo" con una rústica pila de agua en el centro. Más adelante, se trajeron a Colima juegos mecánicos (volantines a base de energía humana). En cuanto a la organización, siendo su gestión religiosa/popular, el gobierno sólo se limitaba a regular el uso del espacio urbano, sin tener al parecer directa injerencia en la feria. Es en estos últimos años del siglo XIX que Colima comienza su entrada paulatina en la era moderna: en 1871 – 1883 se realiza el teatro de la ciudad, la introducción del ferrocarril Manzanillo a Guadalajara (1880 a 1908), el kiosko importado de Alemania del Jardín Libertad y la prohibición de usar calzón de manta (que por pura coincidencia solo usaban los campesinos pobres) en la ciudad (1888) y asimismo se generan varios reglamentos de

carácter regidor sobre asuntos completamente lúdicos y urbanos, tales como el de Diversiones Públicas (1875), el de Toros (1873) y el tan esperado –dedicatorias aparte– Reglamento de Vagos (1873). En este último encontramos la definición o perfil del vago precisamente como prototipo de las clases bajas: músicos, bohemios, y jornaleros que sólo trabajan medio día, tahures, los que ejercen sin título, etc. En fin, de los doce perfiles del vago que define el reglamento, cinco están directamente relacionados con algún tipo de ejercicio popular de la diversión o del sentido lúdico de la cultura (Ruiz, 1986).

Normar, vigilar y castigar la diversión de las clases pobres, contribuía a dotar de una imagen “más culta” y “digna” a la ciudad y a preservar a las capas más altas de los espectáculos bochornosos propias de las diversiones bajas y escándalos varios de los pobres. Una relación entre el grado de represión urbana con el alto índice de alcoholismo de la sociedad no parecería descabellada. Pero, no hay poder que se ejerza sin oposición a él (Foucault, 1979) y dentro de ese furor de reglamentar, recordemos que en las ferias del Jardín Libertad estaba oficialmente prohibida la venta de alcohol y sin embargo, en 1905 siete de cada diez detenidos, fueron por “ebriedad y escándalo”. En fin, parece ser que hacia el término de siglo, la vida social y cultural colimense era una calca de la moralidad porfirista del centro (Lameiras, 1981) y así, la feria encuadrada en una ciudad en continuo proceso de embellecimiento, comenzó a crecer en medio de una sociedad fuertemente dividida, pero con un también fuerte vínculo de mutuas relaciones de interconocimiento. En el Colima de aquellos tiempos todos se conocían recíprocamente hasta en los sueños.

### **17 p.m: Paseo por las instalaciones de la Feria**

#### **Los años de afianzamiento, redefinición y despegue: 1906 – 1957**

Es en 1906 que nuestra tradicional feria, que por mucho tiempo se verificó – como Dios manda – en la plaza principal, cambia de lugar y del “ombbligo” social de Colima, se traslada al Jardín Nuñez, en el extremo oriente de la ciudad. Este es un período particularmente importante pues en menos de medio siglo país, estado, ciudad y feria se transformaron completamente. La celebración de la feria de Todos Santos al avanzar el nuevo siglo, era ya una práctica que de alguna manera involucraba a todos los sectores y grupos sociales de Colima y nada nos indica que el modo de organización haya cambiado sustan-

tivamente con la Revolución. Sí, presenciamos una cada vez mayor injerencia del estado en la reglamentación de la feria; en 1913 el Ayuntamiento de Colima publica una serie de disposiciones relativas a la feria. La guerra de los cristeros (1926 en adelante) no acaba con la feria, antes bien la respeta y no hay indicio alguno de suspensión. Hasta entonces, en la feria del Jardín Nuñez se compraban más o menos las mismas cosas que antes: frutas, loza, artesanía, juguetes, manufacturas, productos industriales, etc., pero aparecen una serie de innovaciones de tipo lúdico fundamentalmente. La feria va dejando atrás su exclusivo funcionamiento económico y sin dejar de cumplirlo, comienza a introducir crecientemente elementos de diversión “pura” que en la época porfiriana estaban prohibidos. Así, son elementos constantes de esta feria los juegos de azar, las cantinas, la lotería, los juegos mecánicos, las bailarinas, los bailes, los teatros, las bandas del estado, mariachis, el circo, desfiles y paseos en carruaje, peleas de gallos y corridas de toros. Algunas de estas innovaciones permisivas del regocijo popular, irritan (e irritarán) a las clases educadas y acomodadas de la ciudad quienes se pronuncian para descalificarlas. “Jacalones, madrigueras, desplumaderos libidinosos, ponzoña de vicios” y otros epítetos similares, llovieron sobre las diversiones y prácticas populares con motivo de la Feria. Al mismo tiempo se reportan cada vez más robos a los puestos de la feria. Por ello, día tras día y año tras año, se ejerce presión por desaparecer todo lo que no fuera *sana* diversión familiar y moral. Para muestra un botón de 1931 que nos describe el evento:

-Amanece y ya la ciudad se ha enjoyado de luz tibia, de recóndita alegría. El sol bonachonamente tiene un gozo burgués desde que sale y antes de ocultarse, todavía rie como un colegial en asueto. En el Jardín Nuñez, barracas y puestos, volantines y ruletas se han derramado en tropel polícromo. Y hé aquí como el rancho de tez aceitunada —sol, cansancio y desaseo— del ceñidor vuelca el décimo de cobre sobre el tapete verde...!siete, cara de burro!, grita el tahir, venido de otras tierras a medrar a costa de los ingenuos, en las loterías el pregón monótono ofrece el oro y los moros por sólo una tabla; allí, de seguro la pareja de novios se apretujan de soslayo, el amor amoroso de las parejas pares. Mientras el arpa, el violín y el guitarrón brindan el son bravío y decidor. Por las callejas discurren las brujas rumiando filosóficamente cacahuates tostados y dorados; y en los extremos cantinuchas desarrapadas en donde la moza de cartel desentona una canción que huele a alcohol y trasciende a ruda procacidad. Aquí, el maldito bravuconea al aire un mechón de cabellos y con el soyate ladeado con jactancia. !Oh, las borrascas de fruta!, olor de primavera fuerte y de frutos en sazón. Peras redondas que de sólo verlas, brota un escozor delicioso en el paladar;

orejones de tez arrugada y sepia; dátiles con reminiscencias del desierto; perones de mejillas como de muchacha campesina; duraznos, cuyo bolo semeja el de un adolescente; uvas norteñas, transparentes como perlas, manzanas de ácido sabor y la ciruela pasa dulce y empalagosa como una caricia repetida a diario. Y los monos de manufactura indígena, loza dibujada como primor por las manos sabias y pacientes del indio de San Pedro Tlaquepaque, ollas olorosas a barro, jarros jetones, burdos y democráticos, botellones con nombre de mujer en el vientre y cazuelas inmensas que esperan el picho del casamiento rumbo.

Y gentes del terruño que van y vienen codeándose con los fuefeños, muchachas endomingadas que charlan con el amado a fruto de la suegra presunta; loterías disimuladas para desplumar al incauto, juegos de azar permitidos por la ley como reglamentables, en donde una troupe de comiquillos asesinan al canto y la corista del cuerpo de bailarinas que danzan entre aullidos de plebe ebria de vino y lujuria.

¡Feria de Todos los Santos, fuiste de un tiempo mejor!

(Ecos de la Costa , 1o. de noviembre de 1931, No. 214, p. 3)

Es en 1934 cuando por decreto del gobernador, la feria de Todos Santos se declara "obligatoria" y con ello el estado se apropia de su organización y cierra así un ciclo de enconadas luchas entre el Estado y la Iglesia. Esta es, en el sentido que le hemos dado, la *segunda expropiación* de la gestión y organización del evento. El estado a su vez re — bautiza la celebración para alejarla de toda reminiscencia religiosa y de "Todos Santos", pasa a ser la Primera Feria Regional, Agrícola, Ganadera e Industrial del Estado de Colima. La ola de protestas por el atentado contra la tradición no cesará durante décadas.

La feria pasó a ser responsabilidad oficial del gobierno estatal y municipal. Ello dió pié a que comenzaran a tomar auge las exposiciones ganaderas, agrícolas e industriales en las que se pretendía dar una imágen del avance del estado. Con el tiempo, la feria quiere dejar de ser sólo para la ciudad de Colima y se invita a participar a los municipios. Todo este movimiento está acompañado por el rechazo latente o manifiesto al estigma del provincialismo que se va a agudizar en la década de los 50's. El ataque constante a las cantinas, lupanares, burdeles y *canelerías* por parte de la burguesía y clases medias es respondido con mayores grados de vicio, desvergüenza y alcoholización, y el estado sin embargo, debe tolerar, regulando los excesos de esas prácticas "indeseables". Si sacara el alcohol, los juegos prohibidos, la lujuria y el escándalo, la feria hubiera perdido toda su base social popular y se habría convertido en un ascético y moral divertimento de las capas más altas de la ciudad. Sería peligrosamente

---

clasista. El sentido de la feria, dentro de estos jaloneos de moralidad — inmoralidad, se debió mantener como “popular” por ser de Colima (como patria chica o *-matria-*, diría don Luis González), sin embargo, ello no impidió que esas confrontaciones se reflejaran en el uso y administración del espacio del Jardín. Es constante encontrar disposiciones que tienden a separar —por lo menos con distancia los espectáculos *lúbricos* y las *asquerosas* cantinas y lupanares colocándolas en calles adyacentes a la plaza, de la Terraza Familiar (en el propio centro del Jardín) así como los puestos de primera, segunda y tercera categoría. La feria comenzó a incrementar su importancia y al mismo tiempo también atraía turismo, sobre todo de Jalisco y Michoacán y de ciudades nortenas como Tijuana, Mexicali, Zacatecas y otros sitios de migración de colimotes desde la guerra cristera y en la década de los años cuarenta. Con esto la feria comienza a cobrar una importancia *cultural* integradora, es decir, *semiótica*, cada vez más notoria. Esto condiciona la aparición progresiva —decíamos— de una gran variedad de innovaciones que venían de afuera para *alegrar* la feria. Es el caso de la carpa (teatro y vodevil) Chupamirto y de distintos conjuntos y orquestas de Colima y de Guadalajara.

En síntesis, hasta estas fechas el gobierno estatal, duramente criticado por la Iglesia y por fuerzas de la iniciativa privada, toma la feria —principal evento del estado— y logra constituir una especie de techo cultural en el que todos los colimotes tienen cabida. Pero hay también un movimiento constante y ascendente que a manera de concepción del mundo y de la vida comienza a tratar de articular la variada y encontrada gama de sentidos feriales. Todos los grupos y clases sociales actuantes en la feria concuerdan en ello: Colima debe modernizarse. 1954 marca por varias razones una impronta en el devenir de la feria. Es el año en que el evento entra en un rápido proceso de espectacularización, es el primer año en que se contratan especialmente actos “sorprendentes” (indios voladores de Papantla) o “pintorescos y extraños” (Danza de la Pluma de Oaxaca), acróbatas en motocicleta, etc. Por otra parte, marca el inicio de la presencia de la difusión colectiva en la feria: por vez primera en la historia de Colima, “La Hora Nacional” (programa del Gobierno Federal que encadenaba todas las estaciones de radio del país, los domingos a las 10 pm) dedicaría, por gestiones del gobierno estatal, *toda su emisión* al Estado de Colima y su feria. Sintomáticamente, pasados los años anticlericales, la denominación de la feria se vuelve ambigua e indis-

tinta: se le llama “Feria de Todos Santos” y al mismo tiempo “Feria Regional, agrícola, ganadera e industrial”. La Feria se moderniza conservando aspectos del pasado y apuntando al progreso. En la propaganda del evento se notan también elementos claves de esta definición de la identidad y de la memoria popular:

-La Feria Regional, agrícola, Ganadera, Comercial e Industrial que tradicionalmente se celebra en Colima del 1o. de noviembre en adelante, tendrá este año un máximo esplendor; ... contará con exposiciones, concursos, juegos permitidos e innumerables atracciones constituirán estímulos comerciales y ocasión de alegría y divertimento”. “La risueña Ciudad de las Palmeras, esencia fragante de la provincia mexicana, recostada en la falda de sus volcanes, imponentes y adormecida por el murmullo del mar Pacífico, invita a su ya Tradicional Feria”. “Visite Colima durante la más bella y pintoresca de sus fiestas y disfrutará de un espectáculo inolvidable.

(Ecos de la Costa, 29 de septiembre de 1954)

Toca a la Feria de Colima otro importante suceso: de acuerdo con la constitución local, el cambio del poder ejecutivo se realiza el primero de noviembre de cada seis años, precisamente en plena feria. La identidad regional se manifiesta y tiene cara, cuyos contornos moldea la memoria colectiva. Colima es una ciudad productiva y en crecimiento, la economía florece y por voluntad del comité “las diversiones son moralizadas al máximo, eliminando centros de vicio y tugurios, muy propios de las ferias pueblerinas”. Las bases están sentadas y la feria se fuerza y se esfuerza para nunca más parecer “pueblerina”. Pero, el progreso no es tal si no se *representa*. El gobierno de Colima y todos los sectores sociales (fundamentalmente un grupo amplio de comerciantes y empresarios agrícolas) se dan a la tarea de “poner en escena” la modernización que se tiene y que se desea. Así, la feria es clausurada con un ballet de más de doscientos elementos y se llena de concursos en los que la población participa entusiasta: mejor costurera, mejor agricultor, confección de flores, cancioneros, etc. y comienzan a realizarse por primera ocasión concursos de tipo cultural, como el de novela, por ejemplo. Al fin, se decidió el cambio en 1958 para realizar la feria en los terrenos de la Unidad Deportiva Zaragoza, en el extremo noreste de la ciudad. La feria, en su máximo esplendor, se cambia de sitio: los motivos, también son permeados por la ideología de la voluntad de modernidad y porque prácticamente la participación social desbordó el espacio limitado del Jardín Nuñez.

**18 p.m. Indios voladores y concurso de canciones**

(con la presencia de los más connotados locutores de la radio y la televisión).

**La Espectacularización de la Feria (1958 – 1978).**

En su nuevo local, la feria creció y el espacio se pudo controlar mejor. Hubo por primera vez una entrada y una salida de la feria; la gente, impuesta a tener la feria en las puertas de su casa tuvo que acostumbrarse a la idea de desplazarse; se construyó un casino para bailes, y ello dió pie para que la calidad de éstos cambiara radicalmente. Cada vez se separaba más de aquella terraza central del J. Nuñez, en la que orquestas prácticamente locales y sin gran nombre, tocaban música para bailar. Con el Casino de la Feria se abrió la puerta para la contratación de importantes cantantes de la industria del espectáculo. Las cantinas fueron suprimidas oficialmente y tampoco se permitieron en los primeros años ni el palenque ni los juegos de azar. La carpa (teatro y vodevil) Chupamirto, de feliz memoria para muchos colimenses, fue definitivamente prohibida por faltas a la moral. Cuando se continuaba con la política de apertura cultural y turística del evento y todo estaba listo, sólo el ciclón de 1959 pudo detener la feria. Sin embargo, pasado el susto, al año siguiente aprovechando toda la organización de la feria suspendida, en 1960, se haría la primera transmisión de televisión en circuito cerrado y acuden a la feria expositores de la Ciudad de México y de Guadalajara. La XEW (la emisora más importante del momento y mamá organizativa y radiofónica del consorcio Televisa) transmite en sus programas *Así es mi tierra* y *Noches Tapatías* promociones del estado y de la feria. La presencia en la televisión y la radio nacionales es creciente y muy altamente valorada por todos los sectores colimenses, bajo la lógica: “lo que aparece en la televisión, es nacionalmente importante. Luego la feria y nuestro Estado son importantes a nivel nacional”. Por fin se sabe de Colima desde muy lejos. La feria, aun cuando no era negocio para el estado, por lo menos no dejaba pérdidas. La feria de 1970, se publicita por la televisión en el noticiero *24 Horas* y en el maratónico *Siempre en Domingo* y en franca competencia con el Casino, el Palenque presentará también a una *constelación* de estrellas nacionales y extranjeras del espectáculo y se cuida mucho el que la feria siga siendo popular, pero dentro de cauces menos pueblerinos, más morales y menos sangrientos. Las terrazas (pero ahora “cerveceras” y para gentuza) son permitidas, pero lo más alejadas posible del corazón de

la feria. Aparece como novedad, el Teatro Popular al aire libre, en donde gratuitamente el pueblo podría ver en acción artistas que sólo pagando grandes cantidades de dinero en el Casino, le sería permitido gozar. Ya en la década de los setentas, la feria comienza a entrar en un proceso creciente de turistificación. Se hace publicidad ad-hoc y adquiere rápidamente el carácter de promoción turística anual. Se presentan más actos culturales, más concursos y las exposiciones se ven concurridas por empresas de automóviles y comercios locales de renombre. La tradición continua viva en los puestos de fruta y en la elección de la reina, que todavía movilizaba a una gran cantidad de personas. Los comerciantes, en alianza con otros grupos tomaron el control de la feria, desde el comité organizador, hasta el trono de la reina por causa de su interés, por su experiencia y por su lugar en el proceso económico colimense. En fin, el período de la feria en la Unidad Deportiva Zaragoza, marcó su entrada definitiva al mundo de la industria cultural de la XV diversión y al privilegio de los avances tecnológicos. No en balde los eventos más apreciados eran precisamente aquellos en los que se podía “ver” a grandes artistas (Lucía Mendez, Verónica Castro, etc.) que cotidianamente eran escuchados en la radio local y en la tv nacional. La población y el público seguían aumentando y finalmente en 1978, se decide construir un espacio especial para la feria, en unos terrenos situados a 4 km. de distancia de la ciudad.

### **20 p.m. Gran noche de gala con la presentación de Emmanuel**

(para bailar amenizará la velada la Orquesta del Colorado Naranjo)

En la feria de los ochentas, todas las tendencias anteriores se mantienen, pero se cuenta ahora con un espacio propio para su uso 15 días al año. Es con la gobernadora Griselda Alvarez que el período de celebración de la feria se amplía a 16 días y la afluencia de público al evento no disminuye por el hecho de ser un lugar bardeado, en el que se cobra por entrar. Rutas especiales de camiones se abren para ir a la feria cada año. El palenque y las terrazas cerveceras están separados del área de la feria y ante la crisis y la baja participación de empresas expositoras, las dependencias gubernamentales y últimamente los diez municipios, han ocupado la parte central de los módulos de exposición. Esto ha servido, indudablemente, para darle un carácter “verdaderamente” estatal al evento. Cada municipio, además de enviar una

representante para la elección de la reina, monta desde 1984 un stand donde expone rasgos distintivos de su localidad y se expone a la devastadora mirada y puntillista crítica de los visitantes. Asimismo, el esmero en contratar artistas renombrados y de moda continúa, bajo la modalidad de concesión a promotores artísticos entre los que se subasta el Casino y el Palenque. Los elementos de la Feria contemporánea son los siguientes:

1) *Juegos mecánicos*. En los que se busca que haya desde simples carruseles para niños, hasta los más sofisticados para adultos.

2) *El palenque de gallos* se concesiona al mejor postor, que además de ser promotor artístico, suele a veces ser también gallero. La rivalidad regional y local entre los “partidos” es considerable y los artistas que se presentan cada noche son del primer nivel nacional (Vicente Fernández, Juan Gabriel, José José, Olga Breeskin, etc.).

3) *El casino de la feria* es también subastado a concesión y normalmente presenta cuatro o cinco bailes en los que renombrados artistas dan recitales y shows. Siempre hay un grupo u orquesta que sirve para bailar y ya entrada la madrugada, viene el espectáculo principal (más o menos una hora) de la estrella en turno (Emmanuel, Carmen Salinas, Yuri, Prisma, Timbiriche, Flans, Valeria Lynch, Raphael, etc.). Normalmente, las clases alta y medias conforman el público habitual del Casino.

4) *Las terrazas cerveceras*. Se concesiona espacio a dos o tres firmas de cerveza para que en un área separada, bardeada y rigurosamente vigilada expendan su mercancía y presenten variedades. Por lo general el único público de las terrazas es de las clases bajas (campesinos, obreros, albañiles, vendedores ambulantes) y ahí, artistas de también baja categoría y “desconocidos” dentro de los grandes circuitos de la fama y la moda se presentan. Entrar costaba en 1984, cien pesos, más lo que se consumiera (y no era poco) pues a pesar de ser dura, sostenida y unánimemente descalificadas, a diario están muy bien concurridas.

5) *Las exposiciones*. Ubicadas en la zona central de la feria, en ellas se auto-representa Colima y sus distintos sectores. El Gobierno del Estado ocupa una gran área para mostrar proyectos y avances de obras sociales (Plan Colima, etc.) que por lo general debido a una especie de desidia estética y esquematismo impersonal y oficialista, permanecen casi olvidadas por el público, que sin embargo, prefiere visitar las de los municipios y comparar — con voraz y agudo sentido

crítico— la presentación de cada uno de ellos. Improvisación, pobreza de recursos materiales e imaginativos, simpleza, descuido y desorden lógico, son juzgados muy duramente por la gente que tiende a privilegiar la laboriosidad, el ingenio, la originalidad, la riqueza de materiales y el orden. Otra parte de la zona de exposiciones se destina al comercio, la industria y al sector agropecuario.

6) *La zona comercial*. Situada en el extremo occidental de la feria, es un área de composición plural y multicompuesta, pero cuadrículada a la perfección. Prácticamente cualquier cosa vendible (bajo ciertos criterios de calidad y vigilancia) es posible comerciar ahí. La gama es variadísima y va desde los puestos “de rigor” tales como los de loza michoacana y galletas, fruta y ropa agrupados en la CNOP—PRI (quienes viven viajando de feria en feria durante todo el año), hasta puestos de venta de caña de azúcar partida, libros, helados, matamoscas, baratijas, nueces, rebozos, vestidos, cristalería y plástico. Es particularmente distintivo de esta zona la atmósfera que se genera cuando al unísono ocho vendedores elaboran — a gritos — una hábil estrategia retórica para vender casi cualquier cosa en “oferta” (cobijas, platos, cristalería, cubetas, botes, vasos, etc.).

7) *La comida*. Es tradición añeja el ir a comer en familia a la feria el primero de noviembre. La feria sin puestos de comida o restaurantes, no se percibiría igual. En ellos se venden todo tipo de alimentos, leche, aguas frescas, tacos, hot—dogs, elotes, chicharrones, plátanos fritos, churros, tamales y atole, pizzas, carnes y comida preparada y servida en la mesa.

8) *El teatro al aire libre*. Colocado en el eje central, al norte de la feria, es un espacio gratuito de descanso y diversión familiar. En él, se presentan todo tipo de espectáculos desde recitaciones infantiles, magos, ballets folklóricos y payasos, hasta desfiles de moda. Es el sitio en el que se realizan los grandes rituales de la feria: la Coronación de la Reina y la Clausura del evento y suele ser en determinadas horas un lugar muy concurrido que para muchos significa poco más o menos que la columna vertebral de la feria, porque garantiza su carácter popular.

9) *El lienzo charro taurino*, en donde se hacen campeonatos nacionales de charrería y corridas de toros con matadores de primera línea.

La feria aunque se fue de la ciudad, también toca la urbe con una gama variada de actividades: desfiles, carros alegóricos, carreras,

---

---

eventos deportivos, exposiciones, conciertos, concursos de poesía, pintura, escultura, dibujo infantil, salutación a la reina, cuento, declamación, trajes infantiles, ajedrez, rally enigmático, etc. que a lo largo de los diez y seis días van poblando y “marcando” sógnicamente la ciudad.

Si vemos las cuentas, los ingresos y egresos nos pueden hablar de ciertas prioridades del manejo económico de la feria. Según el informe del Comité del año 1985, la feria obtuvo ingresos por 38,445,000 pesos y egresos por 25,709,000 pesos. Lo cual dió una ganancia de 12,736,000 pesos. En plena crisis, la feria no perdió. Los *ingresos* se obtuvieron así:

- 37.3% Concesiones,
- 31.6% Arrendamiento de stands,
- 26.8% Boletos en taquillas y el
- 4.2% restante por diversas entradas.

Tales concesiones fueron precisamente las del Palenque, el Casino, y las Terrazas Cerveceras: los mayores ingresos de la feria vienen por su cara risueña, etílica y lúdica y no precisamente por su entrecejo mercantil.

Por su parte, los *egresos* se repartieron de la siguiente manera:

- 32.7% Administración,
- 17.8% Seguridad pública,
- 14.8% Eventos artístico/deportivos,
- 10.5% Premios,
- 7% Publicidad,
- 5% Donativos,
- 4.5% Comité de la reina,
- 3.8% Gratificaciones,
- 3.7% Exposición ganadera.

Paralelamente, más de la mitad de los gastos se hicieron para manejar el evento y para pagar la vigilancia de la policía preventiva. Algo habrá, algo habrá. Se trata de que toda feria sea *-blanca-*. Aunque *-blanca-* no significa que no haya problemas. Veremos como las infracciones relacionadas con un cierto tipo de conducta que se ha reprimido durante siglos, forman una vasta mayoría dentro del total de detenciones en un año. Con el tiempo podemos ver que la feria, es comercio. Pero también es identidad y memoria, es un modo social y ritual complejo para construir y auto—representar el presente y el futuro. La feria está bien viva. Y en ella se han encontrado en lucha diversos

grupos y actores sociales. Lo que ha estado en juego ha sido la participación y la definición del sentido de la feria.

### 21 p.m. Juegos florales y solemne ceremonia de clausura

La feria, como la sociedad y la vida, cambia, se mueve, se transforma. De los cánticos y rezos de la celebración indígena que pasa por la calle alumbrada con velas y teas, a la gritería que provoca el show de Emmanuel, quien sale entre nubes, acordes electrónicos y rayos laser encontrados, parece bastante evidente que se ha recorrido un buen trecho. La Ciudad de las Palmeras también ha cambiado. Se ampliaron las calles, se cambió la teja por el colado, el patio central por el "living". La gente ya no es la misma. Los taxistas son una calamidad, nunca se encuentran sirvientas y cada día llegan más extraños a radicar. En la feria convergen muy distintos grupos y clases sociales. Desde los primeros documentos que tenemos, hasta la actualidad, la celebración de la feria nunca se ha caracterizado ni definido como patrimonio exclusivo de un grupo o clase. Sin embargo, es posible pensar en una primera etapa en la que la fiesta era "popularmente connotada" (Cirese, 1976), es decir, era patrimonio exclusivo de las capas más pobres de la población. Ello permitía una manera de vivir la celebración y al mismo tiempo posibilitaba un cierto tipo de expresión popular en la que la embriaguez ceremonial era la norma hecha gusto y disposición. La fiesta tenía entonces un marcado acento numinoso: celebrar a los muertos y destacar la muerte cotidiana de la vida diaria tiene que ver con lo misterioso, lo tremendo y con lo fascinante (Otto, 1980). La presencia de la Iglesia y las estrategias de conversión religiosa (formal o aparente) de los evangelizadores, unida al ejercicio del poder coactivo, enfocan sus baterías sobre la mutación de lo "numinoso" en "religioso". Lo numinoso, es impredecible y como bien lo señala Otto, es energía. Lo religioso es control, orden y prevalencia de lo controlable sobre lo instituyente. De este modo, el pueblo perdió su celebración, o mejor dicho, el *sentido* de su ceremonia ritual. Esta primera expropiación es acompañada de una mutación en el tiempo y en el sentido del mismo (Zerubavel, 1981). La energía *numinosa* de la fiesta pagana se re-encauza y se aprovecha para celebrar a Todos los Santos del santoral católico. Esta remodulación termina con la fiesta popularmente connotada y finca las bases para la construcción de un evento ceremonial — es decir, "destacado", "realzado" — en el que la

---

totalidad de la población pueda de algún modo reconocerse. El “lenguaje” común fue precisamente fincado por aquella energía transformada. El tiempo, el espacio, las prácticas cambiadas y resaltadas selectivamente, fueron creando las condiciones de las primeras fronteras y puntos de contacto entre grupos, etnias y clases objetivamente diferentes. El tiempo, la fecha, ligada al ciclo del año se respeta: las celebraciones se realizan durante el mismo período. Recordar a los muertos, es un evento familiar y social; la celebración de Todos los Santos, es litúrgica. Sin embargo, su síntesis produce un evento social que es fácilmente aprovechable como base para la interacción mercantil. La tradición continúa: no hay fiesta sin mercado. En todo caso, podríamos suponer que la importancia del mercado creció durante los siglos XVIII y XIX al mismo tiempo que la población de la ciudad. La base étnica indígena, se disolvió, se desmembró y se replegó (incluso por mandatos virreinales) en pueblos especiales: Zacualpan, Suchitlán, Ixtlahuacán, y la composición de la sociedad colimense, aquella que producía en la ciudad la fiesta y el mercado, era para la segunda mitad del siglo XIX, completamente criolla y mestiza. Los pocos indios que quedaron, permanecieron aislados lo mismo que su ceremonialidad, tal y como se documenta con el tipo de celebraciones del ciclo del año y particularmente con la actual celebración del día de muertos en aquellos poblados. La fiesta, venía a reforzar los lazos de interconocimiento y simultáneamente a integrar mejor la vida de la ciudad. También la fiesta se comenzó a grabar en la memoria y fijó sus lugares y momentos generadores de recuerdos, de re-evocaciones de todos y la celebración se hizo entonces memoria. Memoria social que surge de las relaciones del entrecruzamiento de memorias parciales en torno a espacios, tiempos y objetos comunes. Para estas épocas (fines del XIX y principios del XX) las distinciones sociales estaban ya muy claramente marcadas. Se sabía quién era “gente decente”, quiénes eran los “vagos” y quién la “clase trabajadora”: la Feria de Todos los Santos, era ya, la feria de “todos”, aunque cada quien la viviera a su modo. Se había estructurado el origen de un **Frente Cultural**. La feria era desde entonces, muy claramente un punto de toque o contacto entre clases generadoras y portadoras de culturas distintas. El Estado (Poder y Aparato) comienza desde el último cuarto del siglo XIX a robustecer su acción y ejerce su influencia en la ordenación urbana.

Pero no es sino hasta el triunfo de la revolución y el apaciguamiento del país, cuando definitivamente el Estado mexicano

---

comienza a crecer, como Aparato y también como Poder. Su efecto en el bienestar social, fue muy notorio. La sociedad se alfabetiza, la mortalidad decrece, el país se industrializa, la tierra se reparte y la economía crece dentro de una tensión ideológico/política de fondo: una población religiosa abrumadoramente católica en la forma, con un Estado fuerte (o en rápido proceso de fortalecimiento) que nace precisamente en lucha contra el poder y el aparato eclesiástico. Durante toda la segunda mitad del siglo pasado, hasta la fecha, con períodos de agudización extrema (La Cristiada) y con espacios de tregua y tolerancia que a veces rayaban en franco coqueteo (La Paz de Porfirio), la relación Iglesia—Estado ha movido y enmarcado incluso las contradicciones más agudas de las clases. Colima, a pesar de su relativo aislamiento, nunca estuvo completamente fuera de estos movimientos. Así, cuando en 1934, con las heridas todavía frescas de la guerra de los cristeros, la feria se hace “oficial” y cambia de denominación; se verifica la consumación de un proceso de apropiación estatal de la feria. No sólo se limitaría a cobrar el impuesto por el uso del espacio, ahora, el estado mismo sería el gestor y organizador directo del evento ceremonial para entonces más importante del año. La feria, a la manera de la escuela de la revolución, se hizo laica y obligatoria, aunque no del todo gratuita. Para entonces, la feria pasa a tomar una importancia signica, cultural cada vez mayor. Se convierte en un formidable instrumento de auto-representación y auto-afirmación colectiva del proceso de pacificación y despegue social de la ciudad, del estado, del país. Surge la necesidad de “exponer” y de que la feria sea de “todos”. Ello sólo era posible en la medida en que la celebración se encontrara muy profundamente anclada en la memoria del colimense. Y ese era precisamente el caso. La otra celebración multitudinaria de la Guadalupeana, por su propia esencia, era patrimonio exclusivo de la Iglesia en su relación con su público de pertenencia y movilizaba *otro tipo* de configuración cultural transclasista y elementalmente humana: la relación del hombre con los poderes metasociales. La identidad y la diversión mundanas y terrenales se quedaron en la feria.

Sin embargo, este tipo de marco *externo* de la feria, no obstaculizaba el hecho de que una vez definida la materia prima semiótica (el “ser” y el “parecer” colimense, así como el “divertirse” en sociedad) de las fronteras entre culturas de clases muy distintas, la feria se desarrollara en su interior, como punto y como trayectoria,

---

como un espacio de lucha por el poder de imponer la definición “verdadera” de la identidad y del ejercicio del ludismo social.

Toda la historia del evento es la historia de esa lucha, a veces velada, a veces abierta, en la cuál se cocina la legitimidad de un ‘proyecto cultural’ mucho más amplio de lo que asemeja. Las “clases populares” conforman un bando relativamente heterogéneo e inorgánico, debil o nulamente organizado, disperso, pero contumaz en el ejercicio casi instintivo — no planeado ni necesariamente concertado— de *su* ludismo.

El perfil aproximado de dichos grupos: extracción y origen casi totalmente rural, escasamente escolarizados y pobremente organizados en lo político, con una rica vida cultural cotidiana (artesanías, narrativa oral, música, cultura material, formas de organización ceremonial comunitarias, arquitectura funcional, etc.) que si bien no constituían un proyecto coherente, orgánico y progresivo, sí conforman una forma “otra”, diferente por posición a la del bloque dominante con mayor volúmen de capital global acumulado y movilizable, con una composición de orígenes mucho más heterogéneos, pero con posiciones comunes y organizaciones más complejas que sentaban las bases para construir un proyecto viable. Al entrar la feria en su nueva era dentro del Jardín Nuñez (1934), ningún otro grupo social, salvo los terratenientes y algunos comerciantes agrupados dentro del gobierno del estado era capaz de organizar y definir la feria en esas dimensiones. Posteriormente, son los comerciantes los que orientan el sentido de la feria, precisamente por el lugar que ocupan en la estructura social colimense. No en balde parecen ser el grupo con mayor *perspectiva* en el horizonte social (escolarización, profesionalización, posiciones en la estructura del poder local y en el sistema mismo de la feria, etc.). Una gran mayoría de los representantes de las autoridades gubernamentales formales de la feria fueron y son prósperos o reconocidos comerciantes. En los desfiles y ceremonias del presente, cuando se escenifica el “pasado” de Colima, la imágen es la del campesino bueno, vestido con calzón de manta y ceñidor rojo, sombrero de cuatro pedradas y huaraches de cuero, ligado a productos naturales y artesanales, en chozas de palma y paja y rodeado de huajes, tuba (aguamiel de palma) y bestias de carga. La misma imágen que por decreto se prohibió en 1888, por inmoral e indigna de urbanidad.

---

El Colima de hoy, se representa con los medios más modernos: videotapes, acrílicos, espacios geométricos, tecnología, modernidad, pulcritud y funcionalidad, pero sin rostro propio, ligado a una definición “televisiva” del progreso, que convierte lo étnico en típico (García Canclini, 1982) y así diciendo le agrega muchas plumas o en este caso, *mucho campo, plátanos y rudeza campirana de materiales*. La feria, a través de sus cambios, ha conservado varios elementos de importancia que le dan particularidad a su carácter de celebración. Hoy en día (y durante mucho tiempo así ha sido) se le considera una “feria popular”. es decir, una oportunidad para la diversión de las clases sociales más menesterosas que durante el año no pueden tener acceso a estas formas de diversión. Esta concepción ha originado políticas diversas y disposiciones espacio/temporales adecuadas a tal fin. Así se explica la aparición del Teatro al Aire libre, los desfiles por las calles del centro, la repartición de refrescos y golosinas, las rutas camioneras modificadas, la “feriación” u otorgamiento de permisos para no trabajar en los “meros” días de feria, etc. La feria está hecha para divertir al pueblo de una cierta manera, pero no se hizo popular, sólo porque haya sido hecha para el pueblo, sino porque “el pueblo”. el conjunto de las clases explotadas y dominadas — a su modo — la ha hecho suya. Y es ahí en donde comienzan las dificultades, pues ese modo popular de ejercitar el ludismo, no siempre está acorde con la definición legítima (histórica y clasistamente definida, por cierto) de ello. Sin embargo, la Feria de Colima, aunque es “popular”. no es una feria *popularmente connotada*. Puede ser interpretada como un Frente Cultural, precisamente porque la totalidad de las clases y grupos sociales locales se reconocen y encuentran en ella y no sólo las llamadas clases populares.

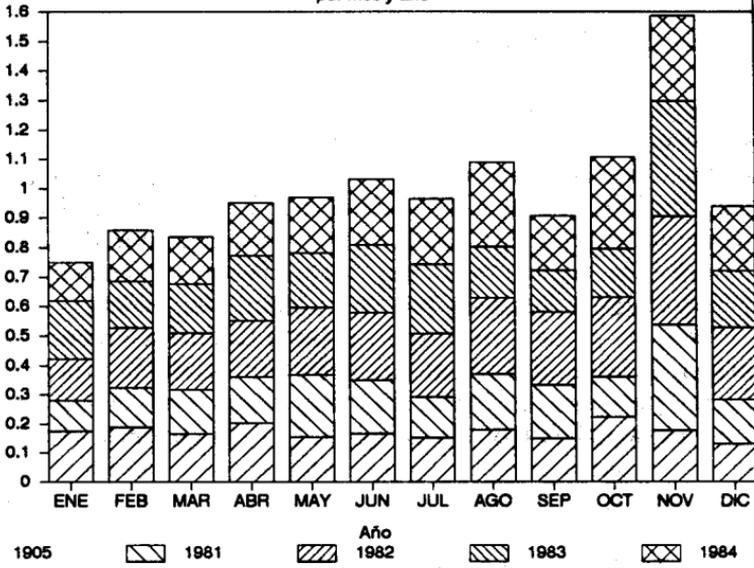
Por ello, la historia de las ferias de Colima es también la historia de la lucha entre distintas formas de ludismo que se enfrentan en términos del tipo de uso y apropiación efímera del espacio, el tiempo y los objetos de la feria. La disposición y composición física del actual espacio “especializado” de la feria, en donde hay una separación funcional entre la *feria para todos* (lo comercial, los juegos, el teatro, las exposiciones, la comida, etc.) y la *feria para algunos* (las terrazas, el palenque y el casino) es el resultado cristalizado de dichas tensiones. Así pues, desde tiempo inmemorial, las clases altas han descalificado constante y regularmente las lecturas sociales, los usos y apropiaciones populares (o popularmente connotados) de la feria. Lo sucio, lo

---

Figura 2

## Colima: Infracciones Lúdicas

por mes y año



Fuente: INEGI, 1985

grosero, lo bárbaro, lo agresivo, lo inmoral, lo lúbrico, lo estridente, lo licencioso, lo desarreglado, lo maloliente y lo pueblerino, han ido siempre ligados a las prácticas y gustos del pueblo. Sus espacios son desplumaderos, lupanares asquerosos, antros de vicio, templos de la embriaguez y perdición, apretujaderos de gente baja, puestos improvisados y mal presentados (es decir, que no “visten” a la feria), cuevas de ladrones, etc. Sus objetos: vasos y lozas de segunda, ropa de marca “pirata”, cañas peladas y escupibles por doquier, juguetes simplones de plástico, objetos kitsch, gorras con símbolos nazis y hippies, lentes de colores, iguanas de hule espuma, botellas de — tres litros tres — alcohol (las famosas *ramonas*) y una larga serie de baratijas del mismo género. Astucia y complicidad, hacen que se puedan subir muchas veces al mismo juego, pagando sólo una vez, o incluso no pagando siquiera. En los castillos encantados y oscuros, manosean a las damitas, en la vía pública se orinan y masturban, gritan estruendosamente y se lían a golpes a la menor provocación o mentada de madre. La feria, para las clases bajas es una larga y desmadrosa

borrachera. Pero eso no es una modalidad de la época moderna. Por la historia, más bien parece ser que ante una cierta rigidez “sugerida” del gozo *decente* de la feria, la manera de divertirse de dichas clases, es precisamente la embriaguez y la majadería.

La feria es también un *campo de batalla* en el que al menos dos concepciones y modos de lectura, apropiación y uso del evento festivo, se han encontrado y se encuentran en condiciones desniveladas. Pero, en toda batalla siempre hay bajas. ¿Cómo son las bajas en un “combate” por imponer una definición legítima del ludismo? En la época moderna, el orgullo y la constante preocupación de los comités de feria, estriba en poder entregar una “feria blanca”, en la que no haya muertos: los esfuerzos y gastos en vigilancia y seguridad han ido crecientemente en aumento para obtener tal fin. La feria cada vez está más vigilada. ¿Cuáles son pues, los “muertos” simbólicos del combate? La respuesta la obtuvimos escudriñando en los archivos de la Policía Preventiva del Estado (ver Figura 2) y en distintas relaciones de detenidos anuales de los archivos municipal y estatal. De esta manera, año con año podemos observar cómo en épocas de feria (es decir, en los meses de octubre y noviembre) la cantidad de arrestos por infracciones ligadas con ebriedad y escándalo, faltas a la moral, a las buenas costumbres, etc. se eleva muy significativamente. Colima, por sus condiciones particulares ha tenido un índice de criminalidad “normal” respecto a otros estados de la nación, pero de 1981 a 1984, los arrestos (sea por delito — los menos — o por faltas) ligados de alguna manera con ebriedad o inmoralidad, nunca bajan del 90% del total. Y de ello, comparativamente durante el año, siempre en los meses de octubre y noviembre la cantidad de detenciones se eleva muy por encima de lo normal. Esto nos parece que documenta muy bien los rastros de un “combate”, de una lucha por la legitimidad de un modo de divertirse en feria, en el que la abrumadora mayoría de las “bajas” son precisamente del bando perdedor: las clases pobres. Jornaleros, obreros, peones, albañiles, campesinos, subempleados, desempleados, etc. son arrestados, no necesariamente por “ser” lo que “son”, — no es esta una guerra declarada de clases— sino por “ser” como “son”. Es una “guerra” —juego siempre, pero algunas veces, para algunos, peligroso— entre oponentes desbalanceados en fuerzas y en número, por la legitimidad de “ser” o de divertirse y gozar la feria de un modo particular. Esto no quiere decir que los desmanes y las faltas deban, por ser del pueblo, permitirse o favorecerse. No va por ahí el trabajo

de la sociología. Tan sólo señalamos una relación entre observables diversos que nos parece significativa en la interpretación de la feria y nos ocupa, por cierto, la manera en que se ha construido la definición de lo que es un “desmán”. Tenemos pues, que la vivencia de la feria no es necesariamente igual en la sociedad. Por necesidad agrupamiento en vías de la comparabilidad de la información, llamamos *lúdicas* a toda una gama de faltas ligadas a las clasificaciones policíacas sobre el consumo de alcohol, el sexo, el escándalo y a la inmoralidad. La feria significa cosas diferentes de acuerdo al lugar que se tenga en la sociedad y —en tanto que modelo focalizado de ésta— en la misma feria.

La feria también es una feria de clases. Múltiples espacios, tiempos, prácticas y objetos están recortados por esa división. Sin embargo, existen relaciones de legitimidad fundamentales que son las que conforman las trabes y vigas del “techo” cultural bajo del cual las clases se reconocen y convergen. Nos resalta particularmente el tipo de concepción tan contradictoria y sospechosamente igual entre los distintos grupos respecto a las terrazas cerveceras. Hay acuerdo en lo negativo, aunque esto sea descaradamente clasista, en este caso, popularmente connotado, es decir, que la práctica de embriagarse o incluso asistir a las terrazas cerveceras, la encontramos presente —objetivada por la observación— sólo en las clases bajas. Hay pues, una relación de solidaridad y presuposición recíproca entre dicha práctica y tales clases. **Las clases bajas juzgan sus propias prácticas con los criterios de los grupos dominantes, aunque su práctica efectiva sea completamente contradictoria.** Esto es legitimidad, no la imposición coactiva o “subliminal” de prácticas *iguales* a las del polo dirigente. Por el lado positivo, el acuerdo es aun mayor: todos queremos mejorar, modernizarnos y parecernos al desarrollo y al progreso, aunque objetivamente el capital cultural incorporado de cada clase, otorgue acceso desnivelado y fruición diferencial a los beneficios de la tecnología y del avance modernizador. En la feria se celebra y se representa también la legitimidad de la razón del fuerte, convertida por la historia y por las luchas, en la fuerza incontestable de la razón. Los que mandan, no tienen la razón por ser los fuertes, sino que son fuertes, precisamente porque tienen la razón. El fundamento de la relación de legitimidad y —en la escala de los meta/procesos— de hegemonía, está sólidamente colocado. (García, R., 1986). La relación entre fuerza y cultura, nunca podría aparecernos

inteligible, sin entender las dinámicas de constitución de la legitimidad. Y ésta sólo se logra cuando se es capaz de darle coherencia al discurso de un grupo social. Al mismo tiempo, no basta la coherencia si no se hace "comunicable" en un lenguaje accesible que dé la posibilidad de captarlo a una pluralidad de grupos portadores de distintos y desbalanceados volúmenes de capital cultural. El grupo que ha conquistado el monopolio legítimo de legitimar la identidad y las diversiones festivas, ha logrado ejercitar una competencia comunicativa suficientemente inteligible en su actuación para todos, basada precisamente en elementos culturales transclasistas, completamente cotidianos, ligados a la experiencia y sobre todo a la memoria colectiva, que como ya vimos, es también un campo de lucha permanente, pero que cuando es presentada no como proceso, sino como resultado fijo y cristalizado, adquiere el poder de la legitimidad, del misterio y de la autoridad, en otras palabras, se nos presenta y re-presenta de tal manera que vehiculiza una enorme carga de capital simbólico, carisma reconocido que aunado al ritual de su presentación (desfiles, declaraciones, coronaciones, salutations, más coronaciones, más desfiles, más difusión, etc.) logra una eficacia sin par, aunque nunca exenta de resistencias diversas y móviles.

La feria de Colima, en efecto funciona como un complejo sistema significativo *común* en torno al cuál, una variedad de grupos sociales elaboran y han elaborado significados y prácticas comunes y otras distintivas. La mayor parte de los significados y prácticas diferenciales, han sido construidos al rededor de subsistemas de significantes (espacios, tiempos, prácticas y objetos) diferentes, pero copresentes bajo el techo único de la feria. Los significados "comunes" que se constituyen ante significantes transclasistas ligados a la auto-representación, a la memoria y a la definición "propia" de la diversión son los más importantes componentes de las fronteras de contacto entre las clases. La Identidad Colectiva y la memoria social elaboradas en torno a la feria de Colima, han sido y son un espacio permanente de re-definición, ajuste y lucha constante entre los diversos grupos que convergen a la feria. Los polos de lucha, han sido primeramente el pueblo y la Iglesia, posteriormente, la Iglesia y el Estado. La composición y disposición **espacial** (lugar especializado, separado del centro de la ciudad, bardeado, controlable y cuadrulado, los aumentos del tiempo de la celebración, los horarios y días de ocio oficial, así como los nueve elementos básicos de la feria actual, la norma estética

---

---

de la pulcritud y la homogeneización, así como las calificaciones y descalificaciones de las prácticas feriales, son todas el resultado extra-semiótico de la lucha cultural por la legitimidad y asimismo, su existencia material colabora a la eficacia de su imposición.

La composición del Frente Cultural de la feria de Colima, no es un monolito, posee varios tipos de espesores y componentes diversos. Hay una, en la que efectivamente bajo significantes comunes, se construyen significados también comunes. Ello forma una especie de *frontera porosa* que posibilita futuros intercambios. Hay también una serie de elementos vividos como diferentes objetivamente por las clases y grupos, pero todos concebidos subjetivamente como partes de la feria y funcionan por ello como fronteras culturales, como puntos de contacto formal, pero social y culturalmente diversos.

No son elementos transclasistas, al menos por ahora. Las terrazas y el Casino, son un ejemplo de ello. Respecto al papel económico actual en la sociedad, aunque no genera pérdidas, la feria no parece ser una actividad económica básica para el PIB del estado. Sin embargo, en el pasado, como el más importante medio comercial, la feria funcionó como un importante factor de dinamización del mercado local. Por ello mismo y por la peculiar composición social del estado, la feria, comenzó a adquirir una función cultural crecientemente importante en la definición de la voluntad de modernidad del estado y en la re-actualización y re-presentación de una *memoria* anclada en rasgos rurales, tradicionales y pueblerinos del Colima de ayer. Existe un predominio constante y creciente de la lógica del espectáculo en detrimento de la participación.

Esta situación, hace que todo lo que se presenta dentro de la feria sea objeto de una "lectura" espectacular sin importar el espesor cultural o la cualidad de lo expuesto y que al mismo tiempo, eterniza la división tajante entre el actor y el espectador, entre el gesto y la mirada. Se "leen" del mismo modo los Voladores de Papantla, la "moto suicida". la propaganda de la "Pepsi". los avances del Plan Colima (cuando alguien los va a ver — porque no son *tan* "espectaculares") y los merolicos gritones del *da-liuna, da-liotra, una más, yestiotra*. La gente cada vez participa menos en la gestión del evento y al mismo tiempo, cada vez más se genera una relación "mercantil" (se paga por ver) en la que exclusivamente se participa, viendo (o comprando). De ahí, su fácil adaptación al patrón de "siempre-en-dominguización" televisiva del evento (González, J., 1985).

---

En efecto, las prácticas populares de diversión, no ligadas a la espectacularización, han sido severamente reprimidas e históricamente descalificadas por los grupos dirigentes.

Vale la pena identificar algunas líneas de investigación para adelante.

1) El análisis hasta aquí presentado de las Ferias de Colima, adolece de múltiples lagunas de información que han dificultado el análisis; esto no es casual, pues los fenómenos de ceremonialización en la sociedad moderna, apenas comienzan a ser estudiados. Así pues, urge elaborar una estrategia de documentación y análisis del *ciclo festivo del estado* para así poder sostener o rechazar algunas conjeturas aquí propuestas, que necesariamente se completarán cuando entendamos a la Feria, como un subsistema del Sistema General de ceremonialización y sus relaciones con el crecimiento urbano.

2) En la misma línea, se requiere profundizar en el diseño de los sistemas de descripción, clasificación y *formalización* de los rituales complejos que convergen dentro de la feria.

3) El estudio abre la necesidad de dedicarle tiempo a los distintos *procesos de construcción de la identidad colectiva*, de los cuáles, la Feria es tan sólo uno de ellos. Detectarlos, analizarlos y compararlos es también una labor académica y política impostergable ante el severo deterioro cotidiano de la legitimidad y por efecto de la crisis, la creciente anomia de las relaciones sociales.

4) Otra veta igualmente importante es el estudio de la *memoria colectiva*, que fija la dimensión "pasada" de la identidad. Recuperar las memorias parciales, es en ésta época de olvidos y desesperanzas, no sólo útil, sino imprescindible.

5) También se requiere estudiar otros puntos de convergencia cultural entre las clases y los grupos de la sociedad concreta, particularmente aquellos ligados a la religiosidad y a las industrias culturales del melodrama. La interpenetración de códigos culturales en la feria, con la profusión y valoración positiva que poseen los productos televisivos (discos, posters, modas, comida chatarra, artistas, escenografías, concursos, etc.) hace que el estudio de otros posibles Frentes Culturales y sus intersecciones, sea inaplazable.

6) Falta finalmente hacer una detallada etnografía de la vida cotidiana moderna, de tal modo que podamos conocer el peso específico que distintas prácticas y concepciones tienen en el presente de clases diversas y sus relaciones con la asunción diferencial de la modernidad y sus vectores.

---

## 22 p.m. Magno castillo y juegos pirotécnicos

Imprescindible, urgente, útil, impostergable, necesario, inaplazable, no son adjetivos que la vanidad profesional dicte para satisfacer el ego y para convencer al lector de la supuesta capacidad del analista. La economía de nuestros países, a pesar de las buenas intenciones, se nos desmorona en las manos. La agresión e intromisión extranjera, como una constante de nuestra historia como continente y nación, tenazmente acecha y punza desde el norte. La cultura cotidiana, está cada día más enlatada y endulcorada por la industria cultural nacional y transnacional. Hay una alarma creciente por la llamada “penetración cultural” y una probada incapacidad para comprender el fenómeno de la mal llamada “cultura de masas”. El compás de la vida diaria de grandes — y cada día son más — capas de la población, rueda entre los precios voraces disparados y los salarios raquíticos contenidos. La confianza en el gobierno, está por completo perdida y muy maltrecha nuestra propia imagen.

Nos auto-despreciamos constantemente, cotidianamente, feroz e hirientemente. El aluvión de mensajes, productos y noticias y el constante calambre de “la crisis”, nos ha borrado la memoria del pueblo que hemos sido y del país que tenemos en las manos.

La Feria, ya se vió, es un formidable instrumento para la auto-representación y la evocación de la memoria colectiva. La feria es además, diversión, ocio y evasión. La feria, aglutina, identifica, une, reconoce y suelda lo socialmente separado, porque labora con elementos esencialmente humanos. Analizar las ferias no es una cuestión baladí: significa analizar el discurso que la sociedad elabora sobre sí misma; la palabra pronunciada de lo que somos. Discurso y palabra que emana del imaginar, del soñar, del recordar. No podemos permanecer fijos en construcciones huecas. No podemos quedarnos inmóviles, cuando todo nos expropia la memoria. Conocer lo que somos, es saber lo que fuimos para proyectar lo que queremos ser. Si esa proyección, sin ese sueño, sin esa utopía en las actuales circunstancias, no queda más que la nada, la muerte y la rapiña.

Celebrar participativa y progresivamente la identidad y ejercer concientemente el juego es hoy una labor política y estratégica de primer orden. La energía social de la feria, tiene que ser mostrada, conocida y asumida socialmente. En la medida en que la hagamos más participativa y menos cuadrículada y “siempre-en-dominguizada”, la sociedad y el país, ganarán. Recordemos nuevamente que el llamado para la insurrección de Independencia, estuvo planeado para darse

---

precisamente en una Feria. Y en 1810, la liberación del Imperio no era más que un *sueño*. La Feria es juego. La Feria es sueño. La Feria es utopía. La Feria es energía. Es uno de tantos Frentes Culturales en la vorágine del cambio de la cultura. El peligro, no está en perder un juego, un sueño, una utopía. El verdadero peligro de este juego está en perder la esperanza y la confianza en el valor del juego, del sueño, de la utopía. En perder, en fin, la perspectiva de aprender y luchar para vivir gozando la energía del afecto, del amor, de la solidaridad.

La energía que alienta — desde el sueño y la utopía — toda esperanza de la vida.

*Pero yo digo:*

*sólo por breve tiempo,*

*sólo como la flor del elote,*

*así hemos venido a abrimos,*

*así hemos venido a conocernos sobre la tierra*

*(ideas desde el México profundo)*

## Notas y referencias bibliográficas

- Accardo, Alain. (1983) *Initiation a la sociologie de l'illusionnisme social*. Le mascaret, Bordeaux.
- Bosi, Eclea. (1987) *Lembranças de velhos*, Universidad de Sao Paulo.
- Bourdieu, Pierre. (1979) *La Distinction*, Minuit, Paris.
- Carrera Stampa, M. (1953) "Las ferias novohispanas"  
En: *Historia Mexicana*, II, 3.
- Carrera Stampa, M. (1959) "La Nao de la China"  
En: *Historia Mexicana*, IX, 1.
- Cazeneuve, Jean. (1972) *Sociologia del rito*. Amorrortu, Buenos Aires
- Chatelet, François. (1981) *Historia de las ideologias (II)*.  
Premiá, México.
- Cirese, A.M. (1976) *Cultura egemonica e culture subalterne*, Palumbo, Palermo.
- Cirese, A M. (1977) *Oggetti, Segni, Musei*. Einaudi, Torino.
- Cirese, Alberto. (1984) *Segnicità, Fabrilità Procreazione* CISU Roma.
- Dumont, Louis. (1982) *Homo Aequalis*, Taurus, Madrid.
- Duvignaud, Jean. (1982) *El Juego del juego F.C.E.*, México.
- DaMatta, Roberto. (1980) *Carnavais, malandros, erois*. Zahar, Brasil.
- DaMatta, Roberto. (1986) *Explorações. Ensaio de sociologia interpretativa* Rocco, Rio de Janeiro.
- DaMatta, Roberto. (1987) *A Casa & a Rua*, Guanabara, R. De Janeiro.
- Fossaert, Robert. (1978) *La Societé (III) Les Appareils-*, Seuil, Paris.
- Fossaert, Robert. (1983) *La Societé (VI) les structures ideologiques*, Seuil, Paris.
- Foucault, Michel. (1979) *Historia de la sexualidad*. (I), S. XXI, México.
- García Canclini, N. (1982) *Las culturas populares en el capitalismo*. Nueva Imagen, México.
- García, Rolando. (1986) "Conceptos básicos para el estudio de sistemas complejos". Mimeo, México.
- Geertz, Clifford. (1987) *La interpretación de las culturas*. Gedisa, México.
- Giménez, Gilberto. (1978) *Cultura popular y religión en el Anáhuac*. CEE, México.
- Gómez Serrano, J. (1985) *Mercaderes, Artesanos y Toreros* (la Feria de Aguascalientes en el siglo XIX). I.C de Aguascalientes, México.

- González, Jorge A. (1981) *Sociología de las culturas subalternas*, TICOM, No. 11 Uamx, México.
- González, Jorge A. (1985) "Semantizarás las Fiestas: identidad regional y Frentes Culturales" en: *Encuentro*, 6, 2, El Colegio de Jalisco.
- González, Jorge A. (1987) "Frentes Culturales: culturas, mapas poderes y luchas..." en: *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Vol. 1, No. 3 Universidad de Colima, México.
- González, Jorge A. (1988) "La cofradía de las emociones (in)terminables" en: *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. 2, No. 4-5, Universidad de Colima México.
- Halbwachs, M. (1980) *The collective memory* Harper & Row, N. Y.
- INEGI (1985) *Estadísticas históricas de México*, S.P.P./INAH, México.
- Lameiras, José. (1981) *Colima: mar y palmeras al pie del volcán*. SEP, México.
- Mairet, Gerard. (1981) "La ética mercantil" en: *Chatelet* (1981).
- Moreno Toscano, A. (1972) "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910" en: *Historia Mexicana*, Vol. XXII, No. 2 El Colegio de México.
- Oakley, Francis. (1980) *Los siglos decisivos*, Alianza Editorial, Madrid.
- Ortiz, Renato (1988) *A moderna tradição brasileira*. Brasiliense, S. P.
- Otto, Rudolf. (1980) *Lo Santo (Lo racional y lo irracional en la idea de Dios)*. Alianza Editorial, Madrid
- Propp, Vladimir. (1978) *Feste agrarie russe* Dedalo Libri, Bari.
- Romero de Solís, J. (1986) *La Alcaldía Mayor De Colima*, siglo XVI. (tomo I). U. de Colima, Colmich, Inah, Ayto. de Colima, México
- Rossi, Pietro (comp.) (1970) *Il concetto di cultura* Einaudi, Torino
- Ruiz Aguilera, S. (1986) *Feria de colima: usos y significados del espacio*. S/E Tesis, U. de Aguascalientes, México.
- Van Gennep, A. (1981) *I ritti di passaggio*., Boringhieri, Torino.
- Villadary, Agnes. (1968) *Fete et vie quotidienne*. Ed. Ouvrieres, Paris.
- Wallerstein, I. (1979) *El moderno sistema mundial. (I)*: "La agricultura Capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI", Siglo XXI, México.
- Warman, Arturo. (1980) "El calendario de fiestas y ferias populares" -: *Calendario de ferias y exposiciones de México*, SECOM, México.
- Wunenburger, J.J. (1977) *La fete, le jeu, le sacré*, Ed. Universitaires, Paris.
- Zerubavel, Eviatar. (1981) *Hidden rhythms. Schedules and calendars in social life*. University of Chicago.
-